Leandro F. Moratín

EL SÍ DE LAS NIÑAS

Comedia en tres actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

El sí de las niñas

EL SI DE LAS NIÑAS

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Leandro Fernández de Moratín



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

PERSONAJES

DON DIEGO
DON CARLOS
DOÑA IRENE
DOÑA FRANCISCA
RITA
SIMÓN
CALAMOCHA

La acción empieza a las siete de la tarde, y acaba a las cinco de la mañana siguiente

ACTO PRIMERO

La escena es una posada de Alcalá de Henares.—El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una más grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho a un lado. Una mesa en medio, un banco, sillas, etcétera.

ESCENA PRIMERA

Don DIEGO y SIMÓN. Sale don Diego de su cuarto. Simón, que está sentado en una silla, se levanta.

DIEGO ¿No han venido todavía?

SIMÓN No, señor.

DIEGO Despacio la han tomado por cierto.

SIMÓN Como su tía la quiere tanto, según parece, y no la ha visto desde que la llevaron a Guadalajara...

DIEGO Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluído.

SIMÓN Ello también ha sido extraña determinación la de estarse usted dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversación ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

DIEGO Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me viese.

SIMÓN Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay más en esto que haber acompañado usted a doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento a la niña y volvernos con ellas a Madrid?

DIEGO Sí, hombre, algo más hay de lo que has visto.

SIMÓN Adelante.

DIEGO Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber y no puede tardarse mucho... Mira, Simón, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado a esa niña del convento y nos la llevamos a Madrid.

SIMÓN Sí, señor.

DIEGO Pues bien... Pero te vuelvo a encargar que a nadie lo descubras.

SIMÓN Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

DIEGO Ya lo sé, por eso quiero fiarme de ti. Yo, la verdad, nunca había visto a la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leído muchas de las cartas que escribía, he visto algunas de su tía la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos días, y a decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMÓN Sí, por cierto... Es muy linda y...

DIEGO Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... Sí, señor,

mucho talento... Conque, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMÓN No hay que decírmelo.

DIEGO ¿No? ¿Por qué?

SIMÓN Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

DIEGO ¿Qué dices?

SIMÓN Excelente.

DIEGO ¿Conque al instante has conocido?

SIMÓN ¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole a usted que me parece muy buena boda; buena, buena.

DIEGO Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMÓN Seguro que sí.

DIEGO Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMÓN Y en eso hace usted bien.

DIEGO Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaría quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

SIMÓN ¿Locura? ¡Buena locura! ¿Con una chica como esa, eh?

DIEGO Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMÓN Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que usted tiene, ¿para quién ha de ser?

DIEGO Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor; regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No, señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMÓN Pero siendo a gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

DIEGO No, yo ya sé lo que dirán, pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporción en la edad, que...

SIMÓN Vamos, que no parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, a lo más...

DIEGO ¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMÓN Y bien, ¿qué?

DIEGO Y yo, aunque gracias a Dios estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMÓN Pero si yo no hablo de eso.

DIEGO ¿Pues de qué hablas?

SIMÓN Decía que... Vamos, o usted no acaba de explicarse, o yo lo entiendo al revés... En suma, esta doña Paquita, ¿con quién se casa?

DIEGO ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMÓN ¿Con usted?

DIEGO Conmigo.

SIMÓN ¡Medrados quedamos!

DIEGO ¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?

SIMÓN ¡Y pensaba yo haber adivinado!

DIEGO ¿Pues qué creías? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMÓN Para don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruído, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

DIEGO Pues no, señor.

SIMÓN Pues bien está.

DIEGO ¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la había de ir a casar!... No, señor, que estudie sus matemáticas.

SIMÓN Ya las estudia; o por mejor decir, ya las enseña.

DIEGO Que se haga hombre de valor y...

SIMÓN ¡Valor! ¿Todavía pide usted más valor a un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron a seguirle, tomó

dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino; y yo le vi a usted más de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

DIEGO Sí, señor, todo eso es verdad; pero no viene a cuento. Yo soy el que me caso.

SIMÓN Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su elección es libre...

DIEGO ¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarían con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; ésta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada, que la ha servido en Madrid y más de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamás observó en esta criatura la más remota inclinación a ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa, correr por la huerta detrás de las mariposas y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupación y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMÓN Yo nada, señor.

DIEGO Y no pienses tú que, a pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Sólo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

SIMÓN En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.

DIEGO Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMÓN ¿Pues qué ha hecho?

DIEGO Una de las suyas... Y hasta pocos días ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid. Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse a Zaragoza a su regimiento... Ya te acuerdas de que a muy pocos días de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

SIMÓN Sí, señor.

DIEGO Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMÓN Así es la verdad.

DIEGO Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribía las tales cartas.

SIMÓN ¿Qué dice usted?

DIEGO Sí, señor. El día 3 de julio salió de mi casa, y a fines de septiembre aun no había llegado a sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMÓN Tal vez se pondría malo en el camino, y por no darle a usted pesadumbre...

DIEGO Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe?... Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMÓN ¡Oh! No hay que temer... Y si tropieza con una fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

DIEGO Me parece que están ahí... Sí. Busca al

mayoral y dile que venga para quedar de acuerdo en la hora a que deberemos salir mañana.

SIMÓN Bien está.

DIEGO Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

SIMÓN No hay miedo que a nadie lo cuente. (Simón se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.)

ESCENA II

Doña IRENE, doña FRANCISCA, RITA y don DIEGO

FRAN. Ya estamos acá.

IRENE ¡Ay! ¡Qué escalera!

DIEGO Muy bien venidas, señoras.

IRENE ¿Conque usted, a lo que parece, no ha salido? (Se sientan doña Irene y don Diego.)

DIEGO No, señora. Luego más tarde daré una vueltecilla por ahí... He leído un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

FRAN. Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron pegar... Pero, mire usted, mire usted (Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de ciprés, la regla de san Benito, una pililla de cristal... Mire usted qué bonita. Y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí!... ¡Ay!, y una campanilla de barro bendito para los truenos... ¡Tantas cosas!

IRENE Chucherías que le han dado las madres. Locas estaban con ella.

FRAN. ¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tía, mi pobre tía, lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

IRENE — Ha sentido mucho no conocer a usted.

FRAN. — Sí, es verdad. Decía, ¿por qué no ha venido aquel señor?

IRENE — El padre capellán y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

FRAN. — Toma. (Vuelve a atar el pañuelo y se lo da a Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.) Guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así, de las puntas... ¡Válgate Dios! ¿Eh? ¡Ya se ha roto la santa Gertrudis de alcorza!

RITA — No importa; yo me la comeré.

ESCENA III

Doña IRENE, doña FRANCISCA y don DIEGO

FRAN. — ¿Nos vamos adentro, mamá, o nos quedamos aquí?

IRENE — Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

DIEGO — Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

IRENE — ¡Y qué fresco tiene aquel locutorio! Está hecho un cielo... (Siéntase doña Francisca junto a doña Irene.) Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadilla... Ha padecido mucho este invierno... Pero, vaya, no sabía qué hacerse con su sobrina la buena señora. Está muy contenta de nuestra elección.

DIEGO — Yo celebro que sea tan a gusto de aquellas personas a quienes debe usted particulares obligaciones.

IRENE — Sí. Trinidad está muy contenta, y en cuanto a Circuncisión, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo, y...

DIEGO — Es verdad. Sólo falta que la parte interesa-

da tenga la misma satisfacción que manifiestan cuantos la quieren bien.

IRENE Es hija obediente y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

DIEGO Todo eso es cierto, pero...

IRENE Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

DIEGO Sí, ya estoy; pero, ¿no pudiera sin faltar a su honor ni a su sangre...?

FRAN. ¿Me voy, mamá? (Se levanta y vuelve a sentarse.)

IRENE No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela, que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá usted visto. Y le hicieron, según me contaba su merced, para enviárselo a su tío carnal el padre fray Serapión de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacan.

DIEGO Ya.

IRENE Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte; particularmente, mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oir hablar de su Ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

FRAN. ¡Válgate Dios!, qué moscas tan...

IRENE Pues murió en olor de santidad.

DIEGO Eso bueno es.

IRENE Sí, señor; pero como la familia ha venido tan a menos... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que, por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y ¿quién sabe que el día de mañana no se imprima con el favor de Dios?

DIEGO Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

IRENE Lo cierto es que el autor, que es sobrino

de mi hermano político y canónigo de Castrojeriz, no la deja de la mano; y a la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

DIEGO ¿Conque para cada año un tomo?

IRENE Sí, señor, ese plan se ha propuesto.

DIEGO ¿Y de qué edad murió el venerable?

IRENE De ochenta y dos años, tres meses y catorce días.

FRAN. ¿Me voy, mamá?

IRENE Anda, vete. ¡Válgate Dios, qué prisa tienes!

FRANC. ¿Quiere usted (*Se levanta, y después de hacer una graciosa cortesía a don Diego, da un beso a doña Irene y se va al cuarto de ésta.*) que le haga una cortesía a la francesa, señor don Diego?

DIEGO Sí, hija mía. A ver.

FRAN. Mire usted, así.

DIEGO ¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

FRAN. Para usted una cortesía y para mi mamá un beso.

ESCENA IV

Doña IRENE y don DIEGO

IRENE Es muy gitana y muy mona, mucho.

DIEGO Tiene un donaire natural que arrebata.

IRENE ¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos del mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho más de considerar tan inmediata su colocación, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime a los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

DIEGO Quisiera sólo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada unión, y...

IRENE Oiría usted lo mismo que le he dicho ya.

DIEGO Sí, no lo dudo; pero el saber que le merezco alguna inclinación, oyéndoselo decir con aquella boquita tan graciosa que tiene,

sería para mí una satisfacción imponderable.

IRENE No tenga usted sobre ese particular la más leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que a una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal parecería, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda se atreviese a decirle a un hombre: yo le quiero a usted.

DIEGO Bien; si fuese un hombre a quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas a primeras, cierto que la doncella haría muy mal; pero a un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos días, ya pudiera decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de explicarse.

IRENE Conmigo usa de más franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que a usted le tiene... ¡Conqué juicio hablaba ayer noche después que usted se fué a recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

DIEGO ¿Y qué? ¿Hablaba de mí?

IRENE Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

DIEGO ¡Calle! ¿Eso decía?

IRENE No, esto se lo decía yo, y me escuchaba como una atención como si fuera una mujer de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetración, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el día? Casan a una muchacha de quince años con un arrapiezo de dieciocho, a una de diecisiete con otro de veintidós: ella niña sin juicio ni experiencia, y él niño también sin aso-

mo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿quién ha de mandar a los criados? ¿quién ha de enseñar y corregir a los hijos? Porque sucede también que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, qué da compasión.

DIEGO — Cierto que es un dolor ver rodeados de hijos a muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educación.

IRENE — Lo que sé decirle a usted es que aun no había cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de más respeto, más caballeroso... y al mismo tiempo más divertido y decididor. Pues, para servir a usted, ya tenía los cincuenta y seis, muy largo de talle cuando se casó conmigo.

DIEGO — Buena edad... No era un niño, pero...

IRENE — Pues a eso voy... Ni a mí podía convenirme en aquel entonces un boquirrubio, con los cascos a la jineta... No, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias a Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan a menudo y tan de recio, que a los siete meses me hallé viuda y en cinta de una criatura que nació después, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

DIEGO — ¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesión el buen don Epifanio.

IRENE — Sí, señor, ¿pues por qué no?

DIEGO — Lo digo porque luego saltan con... Bien

que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fué niño o niña?

IRENE Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

DIEGO Cierto que es consuelo tener, así, una criatura, y...

IRENE ¡Ay, señor! Dan malos ratos; pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

DIEGO Yo lo creo.

IRENE Sí, señor.

DIEGO Ya se ve que será una delicia, y...

IRENE ¿Pues no ha de ser?

DIEGO Un embeleso el verlos jugatear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

IRENE ¡Hijos de mi vida! Veintidós he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales sólo esta niña me ha venido a quedar; pero le aseguro a usted que...

ESCENA V

SIMÓN, doña IRENE y don DIEGO

SIMÓN (Sale por la puerta del foro.) Señor, el mayoral está esperando.

DIEGO Dile que voy allá... ¡Ah! Tráeme primero el sombrero y el bastón, que quisiera dar una vuelta por el campo. (Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un bastón, se los da a su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.) ¿Conque, supongo que mañana tempranito saldremos?

IRENE No hay dificultad. A la hora que a usted le parezca.

DIEGO A eso de la seis. ¿Eh?

IRENE Muy bien.

DIEGO El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

IRENE Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI

Doña IRENE y RITA

IRENE ¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo... ¡Rita! Me le habrán dejado morir. ¡Rita!

RITA Señora. (Sacará unas sábanas y almohadas debajo del brazo.)

IRENE ¿Qué has hecho del tordo? Le diste de comer?

RITA Sí, señora. Más ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

IRENE ¿Hiciste las camas?

RITA La de usted ya está: voy a hacer esotras antes que anochezca, porque si no, como no hay más alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

IRENE Y aquella chica ¿qué hace?

RITA Está desmenuzando un bizcocho para dar de cenar a don Periquito.

IRENE ¡Qué pereza tengo de escribir! (Se levanta y se entra en su cuarto.) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncisión.

RITA ¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan a ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan a mí las mujeres gazmoñas y zalameras! (Entrase en el cuarto de doña Francisca.)

ESCENA VII

CALAMOCHA

CALAM. (Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.) ¿Con qué ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Colección de bichos más abundante no la tiene el gabinete de historia natural...

Miedo me da entrar... ¡Ay! ¡ay!... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias a que los caballitos dijeron: no podemos más, que si no, por esta vez no veía yo el número tres, ni las plagas de Faraón que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados están... (Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.) ¡Oiga!... ¿Seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay! ¡qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII

RITA y CALAMOCHA

RITA Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... (Forcejeando para echar la llave.) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAM. ¿Gusta usted que eche una mano, mi vida?

RITA Gracias, mi alma.

CALAM. ¡Calle!... ¡Rita!

RITA ¡Calamocha!

CALAM. ¿Qué hallazgo es este?

RITA ¿Y tu amo?

CALAM. Los dos acabamos de llegar.

RITA ¿De veras?

CALAM No, que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé a dónde fué, ni con quién habló, ni cómo lo dispuso: sólo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana a Guadalajara, y a las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta a correr, y a sudar, y a dar chasquidos .. En suma, molidos los rocines, y nosotros a medio moler, hemos parado aquí con ánimo de

salir mañana. Mi teniente se ha ido al colegio mayor a ver a un amigo, mientras se dispone algo que cenar...Esta es la historia.

RITA ¿Conque le tenemos aquí?

CALAM. Y enamorado más que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado a quitar el hipo a cuantos le disputen la posesión de su Currita idolatrada.

RITA ¿Qué dices?

CALAM. Ni más ni menos.

RITA ¡Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAM. ¿Amor?... ¡Friolera!... El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA ¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

CALAM. Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuándo llegaste? Que ..

RITA Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y más cartas, diciendo que tenía concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bienquisto; en suma, cabal y perfecto, que no había más que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta a todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni quería comer, ni podía dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tía no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar a tu amo, esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos había ponderado, no consentiría que su pobre Paquita pasara a manos de un desconocido y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y

tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. Apenas partió la carta a su destino, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella; recogimos a toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mujeres y en dos latigazos llegamos antes de ayer a Alcalá. La detención ha sido para que la señorita visite a otra tía monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Pero esta casualidad nos...

CALAM. Sí. No digas más... Pero... ¿Conque el novio está en la posada?

RITA Ese es su cuarto. (Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca.) Este el de la madre y aquél el nuestro.

CALAM ¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mío?

RITA No por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo, porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAM. Bien. Adiós. (Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademán de irse.)

RITA ¿Y a dónde?

CALAM. Yo me entiendo... Pero el novio, ¿trae consigo criados, amigos o deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA Un criado viene con él.

CALAM. ¡Poca cosa!... Mira, dile, en caridad, que se disponga, porque está de peligro. Adiós.

RITA ¿Y volverás presto?

CALAM. Se supone. Estas cosas piden diligencia, y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga a cuidar de su hacienda, disponer el en-

tierro de ese hombre y... ¿Conque ese es nuestro cuarto, eh?

RITA Sí. De la señorita y mío.

CALAM. ¡Bribona!

RITA ¡Botarate! Adiós.

CALAM. Adiós, aborrecida. (Entrase con los trastos al cuarto de don Carlos.)

ESCENA IX

Doña FRANCISCA y RITA

RITA Qué malo es... Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí! Sí, la quiere, bien se conoce... (Sale Calamocha del cuarto de don Carlos y se va por la puerta del foro.) ¡Oh!, por más que digan, los hay muy finos, y entonces, ¿qué ha de hacer una?... Quererlos, no tiene remedio, quererlos... Pero, ¿qué dirá la señorita cuando le vea que está ciega por él? ¡Pobrecita! Pues no sería una lástima que... Ella es.

FRAN. (Saliendo.) ¡Ay, Rita!

RITA ¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

FRAN. ¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre. . Empeñada está en que he de querer mucho a ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaría cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento, ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA Señorita, por Dios, no se aflija usted.

FRAN. Ya, como tú no la has oído... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta hora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy, por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto a

mi madre, que sino. . Pero bien sabe la Virgen que no me sale del corazón. (Se va obscureciendo lentamente el teatro)

RITA Vaya, vamos, que no hay motivo todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?... ¿No se acuerda usted ya de aquel día de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

FRAN. ¡Ay!, ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero ¿qué me vas a contar?

RITA Quiero decir que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galán, tan fino...

FRAN. ¡Qué rodeos!... don Félix. ¿Y qué?

RITA Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

FRAN. Y bien... Y luego volvió, y le vi, por mi desgracia, muchas veces... mal aconsejada de ti.

RITA ¿Por qué, señora?... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie ha sospechado en el convento. El no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy a decir es que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire usted que todo cuanto hemos leído a hurtadillas en las novelas no equivale a lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oían entre once y doce de la noche, de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y expresión?

FRAN. ¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA Eso no lo puedo yo creer.

FRAN Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA ¡Qué bobería! Desengáñese usted, señorita

Con los hombres y las mujeres sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la elección, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creíble que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversación a obscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una acción descompuesta, ni oímos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

FRAN. Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (Señalando al pecho.) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! ¡Es lástima!... Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho más... Nada más.

RITA No, señora, no ha dicho eso.

FRAN. ¿Qué sabes tú?

RITA Bien lo sé. Apenas haya leído la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando a consolar a su amiga... Pero... (Acercándose a la puerta del cuarto de doña Irene.)

FRAN. ¿Adónde vas?

RITA Quiero ver si...

FRAN. Está escribiendo.

RITA Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza a anochecer... Señorita, lo que la he dicho a usted, es la verdad pura, don Félix está ya en Alcalá.

FRAN. ¿Qué dices? No me engañes.

RITA Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

FRAN. ¿De veras?

RITA Sí, señora... Y le ha ido a buscar para...

FRAN. ¿Conque me quiere?... ¡Ay Rita! Mira tú si hicimos bien en avisarle... ¿Pero ves qué fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas

leguas sólo por verme... porque yo se lo mandol... ¡Qué agradecida le debo estar!... ¡Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA Voy a traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y lo que piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

FRAN. Dices bien... Pero no; él tiene resolución y talento, y sabrá determinar lo más conveniente... ¿Y cómo has de avisarme?... Mira que asi que llegue le quiero ver.

RITA No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca. . ¿Me entiende usted?

FRAN. Si, bien.

RITA Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar... Además, que si está allí don Diego...

FRAN. Bien, anda; y así que llegue...

RITA Al instante.

FRAN. Que no se te olvide toser.

RITA No hay miedo.

FRAN. ¡Si vieras qué consolada estoy!

RITA Sin que usted lo jure, lo creo.

FRAN. ¿Te acuerdas cuando me decía que era imposible apartarme de su memoria, que no habría peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

RITA Sí, bien me acuerdo.

FRAN. ¡Ah!... Pues mira como me dijo la verdad.

(Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene, Rita por la puerta del foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.—Teatro obscuro.

ESCENA PRIMERA

Doña FRANCISCA

FRAN. Nadie parece aún... (Acércase a la puerta del foro y vuelve.) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que sólo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II

Doña IRENE y doña FRANCISCA

IRENE Sola y a obscuras me habéis dejado allí.

FRAN. Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho más fresco.

IRENE Pero aquella muchacha ¿qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (Siéntase.) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venid ?

FRAN. Me parece que no.

IRENE — Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razón...

FRAN. — Bien; si, señora, ya lo sé. No me riña usted más.

IRENE — No es esto reñirte, hija mia; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médico, botica... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquíntida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas a hacer, muy pocas le consiguen. Bien que a las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no a tus méritos ni a mi diligencia... ¿Qué dices?

FRAN. — Yo, nada, mamá.

IRENE — Pues nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!... En hablándote de esto, no te ocurre nada que decir.

ESCENA III

RITA sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa. Doña IRENE y doña FRANCISCA

IRENE — Vaya, mujer, yo pensé que en toda la noche no venías.

RITA — Señora, he tardado, porque han tenido que ir a comprar las velas. ¡Cómo el tubo del velón la hace a usted tanto daño!...

IRENE — Seguro que me hace muchisimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches del alcánfor al cabo tuve que quitármelos;

¡si no me sirvieron de nada! Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí, y llévate la otra a mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA Muy bien. (Toma una luz, y hace que se va.)

FRAN. (A Rita.) (¿No ha venido?)

RITA Vendrá.

IRENE Oyes, aquella carta que está sobre la mesa, dásela al mozo de la posada para que la lleve al instante al correo... (Vase Rita al cuarto de doña Irene.) Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

FRAN. Como las monjas me hicieron merendar...

IRENE Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, según lo indica el diálogo.) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al mediodía, y haznos un par de tazas de sopas, y traételas luego que estén.

RITA ¿Y nada más?

IRENE No, nada más... ¡Ah! y házmelas bien caldositas.

RITA Sí, ya lo sé.

IRENE ¡Rita!

RITA Otra. ¿Qué manda usted?

IRENE Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero no, señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir a Simón, que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo, ¿lo entiendes?

RITA Sí, señora.

IRENE ¡Ah! mira.

RITA Otra.

IRENE Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí de modo que no

se caiga y se me lastime... (Vase Rita por la puerta del foro.) ¡Qué noche tan mala me dió... ¡Pues no estuvo el animal toda la noche de Dios rezando el Gloria Patri y la oración del Santo Sudario!... Ello por otra parte edificaba, cierto... pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV

Doña IRENE y doña FRANCISCA

IRENE Pues mucho será que don Diego no haya tenido algún encuentro por ahí, y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sujeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡qué batería de cocina! ¡y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes a lo que estoy diciendo.

FRAN. Sí, señora, bien lo oigo; pero no la quería interrumpir a usted.

IRENE Allí estarás, hija mía, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetecieras, las tendrías, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!

FRAN. Mamá, no se enfade usted.

IRENE ¡No es buen empeño del... ¿Y te parece a tí que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?... ¿No ves que conozco las locu-

ras que te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóneme Dios!

FRAN. Pero... Pues ¿qué sabe usted?

IRENE ¿Me quieres engañar a mí, eh? ¡Ah, hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetración para que tú me engañes.

FRAN. (¡Perdida soy!)

IRENE Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que aunque no hubiera sido con esta ocasión, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir a pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué juicio de niña este! Que porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja también... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve a Dios, Francisquita; pero el complacer a su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligación de una hija obediente... Y sépalo usted si no lo sabe.

FRAN. Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla a usted.

IRENE Sí... que no sé yo...

FRAN. No, señora, créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

IRENE Mira si es cierto lo que dices.

FRAN. Sí, señora, que yo no sé mentir.

IRENE Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde... cuidado con ello.

FRAN. (¡Pobre de mí!)

ESCENA V

Don DIEGO sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y bastón; doña IRENE y doña FRANCISCA

IRENE Pues ¿cómo tan tarde?

DIEGO Apenas salí tropecé con el rector de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (Siéntase junto a doña Irene.) Y a todo esto, ¿cómo va?

IRENE Muy bien.

DIEGO ¿Y doña Paquita?

IRENE Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar sólo en dar gusto a su madre y obedecerla.

DIEGO ¡Qué diantre! ¿Con qué tanto se acuerda de?...

IRENE ¿Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

DIEGO No, poco a poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo más enérgicas y decisivas que en la nuestra, y por cuanto la razón se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazón son mucho más violentos... (Asiendo de una mano a doña Francisca, la hace sentar inmediata a él.) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volvería usted al convento de buena gana?... La verdad.

IRENE Pero si ella no...

DIEGO Déjala usted, señora, que ella responderá.

FRAN. Bien sabe usted lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

DIEGO Pero eso lo dice usted tan afligida y...

IRENE Si es natural, señor. ¿No ve usted qué?...

DIEGO Calle usted, por Dios, doña Irene, y no me diga usted a mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva a decir una palabra

que se oponga a lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mía, que estábamos lucidos.

FRAN. No, señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

DIEGO ¡Mandar, hija mía! En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar después las resultas funestas de los que mandaron?... Pues ¿cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió a mandar la que no debiera?... ¿Cuántas veces una desdichada mujer halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre o su tío se empeñaron en regalar a Dios lo que Dios no quería? ¡Eh! no, señor, eso no va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente a nadie; pero tampoco he creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase a quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece a la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo no he ido a buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cuál sería entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante más apetecible que yo? ¡Y en Madrid! ¡figúrese usted en un Madrid!... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba.

IRENE Y puede usted creer, señor don Diego, que...

DIEGO Voy a acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influído en una niña tan bien inclinada como usted las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devoción y la virtud; pero si a pesar de todo esto la imaginación acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sujeto más digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazón y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido a usted, Paquita, sinceridad. El cariño que a usted le tengo, no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que a nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algún otro cuidadillo en su corazón, créame usted, la menor disimulación en esto nos daría a todos muchísimo que sentir.

IRENE ¿Puedo hablar ya, señor?

DIEGO Ella, ella debe hablar, y sin apuntador, y sin intérprete.

IRENE Cuando yo se lo mande.

DIEGO Pues ya puede usted mandárselo, porque a ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

IRENE Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos días ha, cuando le di parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto a ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo, y a cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envía memorias con el ordinario.

DIEGO Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?...

O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

IRENE Sí, señor, que tiene que ver, sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro a usted que ni un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningún catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleillo infeliz en el ramo del viento que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia y escribe que da gusto... Casi toda la carta venía en latín, no le parezca a usted, y muy buenos consejos que me daba en ella. Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

DIEGO Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que a usted la deba disgustar.

IRENE Pues ¿no quiere usted que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que?... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!... La mataba a golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables, y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenías doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Díselo para que se tranquilice, y...

DIEGO Yo, señora, estoy más tranquilo que usted.

IRENE Respóndele.

FRAN. Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan.

DIEGO No, hija mía; esto es dar alguna expresión a lo que se dice; pero ¡enfadarnos!, no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

IRENE Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida a los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

DIEGO No se hable de agradecimiento; cuanto yo

puedo hacer, todo es poco... Quiero que doña Paquita esté contenta.

IRENE ¿Pues no ha de estarlo? Responde.

FRAN. Sí, señor, que lo estoy.

DIEGO Y que la mudanza de estado que se la previene no la cueste el menor sentimiento.

IRENE No, señor, todo al contrario... Boda más a gusto de todos no se pudiera imaginar.

DIEGO En esa inteligencia puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse después. En nuestra compañía vivirá querida y adorada, y espero que a fuerza de beneficios he de merecer su estimación y su amistad.

FRAN. Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!...

DIEGO Pero de prendas tan estimables que la hacen a usted digna todavía de mayor fortuna.

IRENE Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

FRAN. ¡Mamá! (Levántase doña Francisca, abraza a su madre y se acarician mutuamente.)

IRENE ¿Ves lo que te quiero?

FRAN. Sí, señora.

IRENE ¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pío sino el de verte colocada antes que yo falte?

FRAN. Bien lo conozco.

IRENE ¡Hija de mi vida!... ¿Has de ser buena?

FRAN. Sí, señora.

IRENE ¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

FRAN. Pues qué, ¿no la quiero yo a usted?

DIEGO Vamos, vamos de aquí. (Levántase don Diego y después doña Irene.) No venga alguno y nos halle a los tres llorando como tres chiquillos.

IRENE Sí, dice usted bien. (Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detrás, y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.)

ESCENA VI

RITA y doña FRANCISCA

RITA Señorita... ¡Eh! chit... señorita...

FRAN. ¿Qué quieres?

RITA Ya ha venido.

FRAN. ¿Cómo?

RITA Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

FRAN. ¡Ay Dios!... ¿Y qué debo hacer?

RITA ¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio. Y mire usted que en el paraje en que estamos, la conversación no puede ser muy larga... Ahí está.

FRAN. Sí... El es.

RITA Voy a cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolución. (Rita se va al cuarto de doña Irene.)

FRAN. No, no, que yo también... Pero no lo merece.

ESCENA VII

Don CARLOS sale por la puerta del foro; doña FRANCISCA

CARLOS ¡Paquita!... ¡Vida mia! Ya estoy aquí... ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

FRAN. Bien venido.

CARLOS ¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada más alegría?

FRAN. Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Después de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana a Madrid... Ahí está mi madre.

CARLOS ¿En dónde?

FRAN. Ahí, en su cuarto. (Señalando al cuanto de doña Irene.)

CARLOS ¿Sóla?

FRAN. No, señor.

CARLOS Estará en compañia del prometido esposo. (Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene y vuelve.) Mejor... ¿Pero no hay nadie más con ella?

FRAN. Nadie más; solos están... ¿Qué piensa usted hacer?

CARLOS Si me dejara llevar de mi pasión y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... El también será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien a una mujer tan digna de ser querida... Yo no conozco a su madre de usted ni... vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atención.

FRAN. Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

CARLOS No importa.

FRAN. Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos a Madrid.

CARLOS ¿Cuál? No. Eso no.

FRAN. Los dos están de acuerdo, y dicen...

CARLOS Bien... Dirán... Pero no puede ser...

FRAN. Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... El insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

CARLOS ¿Y usted qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

FRAN. ¡Ingrato!... ¿Pues no sabe usted que?... ¡Ingrato!...

CARLOS Sí, no lo ignoro, Paquita. Yo he sido el primer amor...

FRAN. Y el último.

CARLOS Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazón... Todo él es mío... ¿Digo bien? (Asiéndola de las manos.)

FRAN. ¿Pues de quién ha de ser?

CARLOS ¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me anima...

Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligación mil y mil veces prometida? Pues a eso mismo vengo yo... Si ustedes se van a Madrid mañana, yo voy también. Su madre de usted sabrá quién soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, a quien más que tío debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo más inmediato ni más querido que yo; es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algún atractivo, esta circunstancia añadiría felicidades a nuestra unión.

FRAN. ¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

CARLOS Ya lo sé. La ambición no puede agitar a un alma tan inocente.

FRAN. Querer y ser querida... No apetezco más, ni conozco mayor fortuna.

CARLOS Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra aflicción presente en durables dichas.

FRAN. ¿Y qué se ha de hacer para que a mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Sí, acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté a decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

CARLOS Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

FRAN. ¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué había yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener a quien volver

los ojos, ni poder comunicar a nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere. (Se enternece y llora.)

CARLOS ¡Qué llanto! ¿Cómo persuade?... Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla a usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido, ¿quién puede oponérsele? nada hay que temer.

FRAN. ¿Es posible?

CARLOS Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y sólo la muerte bastará a dividirlas.

ESCENA VIII

RITA, don CARLOS y doña FRANCISCA

RITA Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy a traer la cena, y se van a recoger al instante... Y usted, señor galán, ya puede también disponer de su persona.

CARLOS Si, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

FRAN. Ni yo.

CARLOS Hasta mañana. Con la luz del día veremos a este dichoso competidor.

RITA Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años debajo del peluquín. (Se va por la puerta del foro.)

FRAN. Hasta mañana.

CARLOS Adios, Paquita.

FRAN. Acuéstese usted y descanse.

CARLOS ¿Descansar con celos?

FRAN. ¿De quién?

CARLOS Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

FRAN. ¿Dormir con amor?
CARLOS Adios, vida mía.
FRAN. Adiós. (Entrase al cuarto de doña Irene.)

ESCENA IX

Don CARLOS, paseándose con inquietud, CALAMOCHA y RITA

CARLOS ¡Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAM. (Saliendo por la puerta del foro.) Pues, señor, tenemos un medio cabrito asado, y... a lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia extraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay más que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Conque si hemos de cenar y dormir, me parece que sería bueno...

CARLOS Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

CALAM. Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

RITA (Saliendo por la puerta del foro con platos, tazas, cucharas y servilletas.) ¿Quién quiere sopas?

CARLOS Buen provecho.

CALAM. Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA. La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar. (Entrase en el cuarto de doña Irene.)

CALAM. Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

CARLOS ¿Conque vamos?

CALAM. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (Calamocha se encamina a la puerta del foro, y vuelve; se acerca a don Carlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena en que Calamocha se adelanta a saludar a Simón.) ¡Eh! chit, digo...

CARLOS ¿Qué?

CALAM. ¿No ve usted lo que viene por ahí?

CARLOS ¿Es Simón?

CALAM. El mismo... Pero, ¿quién diablo le?...

CARLOS ¿Y qué haremos?

CALAM. ¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir y... ¿Me da usted licencia para que?...

CARLOS Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre.

ESCENA X

SIMON sale por la puerta del foro; CALAMOCHA y don CARLOS

CALAM. Simón, ¿tú por aquí?

SIMÓN Adiós, Calamocha. ¿Cómo va?

CALAM. Lindamente.

SIMÓN Cuánto me alegro de...

CARLOS ¡Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues qué novedad es esta?

SIMÓN ¡Oh, que estaba usted ahí, señorito! ¡Voto a sanes.

CARLOS ¿Y mi tío?

SIMÓN Tan bueno.

CALAM. ¿Pero se ha quedado en Madrid, o?...

SIMÓN ¿Quién me había de decir a mi?... ¡Cosa como ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez más guapo... ¿Conque usted irá a ver al tío, eh?

CALAM. ¿Tú habrás venido con algún encargo del amo?

SIMÓN ¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

CALAM. ¿Alguna cobranza tal vez, eh?

CARLOS Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido a eso?

SIMÓN ¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego más marrullero y más bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Conque usted viene ahora de Zaragoza?

CARLOS Pues... Figúrate tú.

SIMÓN ¿O va usted allá?

CARLOS ¿A dónde?

SIMÓN A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAM. Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado más de cuatro leguas?

SIMÓN ¿Qué sé yo? Algunos van por la posta y tardan más de cuatro meses en llegar... Debe ser un camino muy malo.

CALAM. (Separándose de Simón). (Maldito seas tú y tu camino, y la bribona que te dió papilla.)

CARLOS Pero aun no me has dicho si mi tío está en Madrid o en Alcalá, ni a qué has venido, ni...

SIMÓN Bien, a eso voy... Sí, señor, voy a decir a usted... Conque... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI

Don DIEGO, don CARLOS, SIMON y CALAMOCHA

DIEGO (Desde adentro.) No, no es menester:. si hay luz aquí. Buenas noches, Rita. (Don Carlos se turba y se aparta a un extremo del teatro.)

CARLOS ¡Mi tío!... (Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo; repara en don Carlos, y se acerca a él. Simón le alumbra, y vuelve a dejar la luz sobre la mesa.)

DIEGO Simón.

SIMÓN Aquí estoy, señor.

CARLOS ¡Todo se ha perdido!

DIEGO Vamos... Pero... ¿Quién es?

SIMÓN Un amigo de usted, señor.

CARLOS Yo estoy muerto.

DIEGO ¿Cómo un amigo?... ¿Qué?... Acerca esta luz.

CARLOS Tío. (En ademán de besarle la mano a don Diego, que le aparta de sí con enojo).

DIEGO Quítate de ahí.

CARLOS Señor.

DIEGO Quítate... No sé como no le... ¿Qué haces aquí?

CARLOS Si usted se altera, y...

DIEGO ¿Qué haces aquí?

CARLOS Mi desgracia me ha traído.

DIEGO ¡Siempre dándome qué sentir, siempre! Pero... (Acercándose a don Carlos.) ¿Qué dices? ¿De veras ha ocurrido alguna desgracia? Vamos, ¿qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

CALAM. Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...

DIEGO A ti no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida a tu pobre tío.

CARLOS No, señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

DIEGO ¿Pues a qué viniste? ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algún disgusto con tus jefes? Sácame de esta inquietud, Carlos... Hijo mío, sácame de este afán.

CALAM. Si todo ello no es más que...

DIEGO Ya he dicho que calles... Ven acá. (Asiendo de una mano a don Carlos, se aparta con él a un extremo del teatro, y le habla en voz baja.) Dime qué ha sido.

CARLOS Una ligereza, una falta de sumisión a usted. Venir a Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le ha dado al verme.

DIEGO ¿Y qué otra cosa hay?

CARLOS Nada más, señor.

DIEGO ¿Pues qué desgracia era aquella de que me hablaste?

CARLOS Ninguna. La de hallarle a usted en este pa-

raje... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

DIEGO ¿No hay más?

CARLOS No, señor.

DIEGO Míralo bien.

CARLOS No, señor... A eso venía. No hay nada más.

DIEGO Pero no me digas tú a mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, adiós, disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

CARLOS Considere usted, tío, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso a la guarnición... Y en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobación y la licencia de mis superiores; que yo también miro por mi estimación, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

DIEGO Un oficial siempre hace falta a sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinación, de valor, de virtud.

CARLOS Bien está, pero ya he dicho los motivos...

DIEGO Todos esos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tío!... Lo que quiere su tío de usted no es verle cada ocho días, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (Alza la voz y se pasea inquieto.) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

CARLOS Señor, si...

DIEGO — No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

CALAM. — Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

DIEGO — Pues con ellos (A Calamocha.) y con las maletas al mesón de afuera. (A don Carlos.) Usted no ha de dormir aquí... Vamos (A Calamocha.) tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (A Simón.) ¿Qué dinero tienes ahí?

SIMÓN — Tendré unas cuatro o seis onzas. (Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da a don Diego.)

DIEGO — Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... (A Calamocha.) ¿No he dicho que ha de ser al instante? Volando. Y tú (A Simón.) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido. (Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos.)

ESCENA XII

Don DIEGO y don CARLOS

DIEGO — Tome usted... (Le da el dinero.) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú según corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

CARLOS — Ya lo sé.

DIEGO — Pues bien: obedece lo que te mando.

CARLOS — Lo haré sin falta.

DIEGO — Al mesón de afuera. (A los dos criados que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van por la puerta del foro.) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan...

Y no me vuelvas aquí por ningún pretexto, ni entres en la ciudad... cuidado. Y a eso de las tres o las cuatro marchar. Mira que he de saber a la hora que sales. ¿Lo entiendes?

CARLOS Sí, señor.

DIEGO Mira, que lo has de hacer.

CARLOS Sí, señor, haré lo que usted manda.

DIEGO Muy bien... Adios... Todo te lo perdono... Vete con Dios.. Y yo sabré también cuando llegas a Zaragoza; no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

CARLOS ¿Pero qué hice yo?

DIEGO Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué más quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

CARLOS Quede usted con Dios. (Hace que se va, y vuelve.)

DIEGO ¿Sin besar la mano a su tío, eh?

CARLOS No me atreví. (Besa la mano a don Diego, y se abrazan.)

DIEGO Y dame un abrazo, por si no nos volvemos a ver.

CARLOS ¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

DIEGO ¿Quién sabe, hijo mío? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

CARLOS No, señor, ahora no.

DIEGO Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tío... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de orden mía. Y mira cómo los gastas... ¿Juegas?

CARLOS No, señor, en mi vida.

DIEGO Cuidado con eso... Conque, buen viaje. Y no te acalores: jornadas regulares y nada más... ¿Vas contento?

CARLOS No, señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

DIEGO No se hable ya de lo pasado... Adiós...

CARLOS ¿Queda usted enojado conmigo?

DIEGO No, no por cierto... Me disgusté bastante,

pero ya se acabó... No me des que sentir. (Poniéndole ambas manos sobre los hombros.) Portarse como hombre de bien.

CARLOS — No lo dude usted.

DIEGO — Como oficial de honor.

CARLOS — Así lo prometo.

DIEGO — Adiós, Carlos. (Abrazándose.)

CARLOS — (Al irse por la puerta del foro.) (¡Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!)

ESCENA XIII

Don DIEGO

DIEGO — Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo, que... Después de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tío!... Como una malva es. (Se enjuga las lágrimas, toma una luz y se va a su cuarto. El teatro queda solo y obscuro por un breve espacio.)

ESCENA XIV

Doña FRANCISCA y RITA

Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz y la pone encima de la mesa

RITA — Mucho silencio hay por aquí.

FRAN. — Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA — Precisamente.

FRAN. — ¡Un camino tan largo!

RITA — ¡A lo que obliga el amor, señorita!

FRAN. — Sí, bien puedes decirlo: amor... Y yo ¿qué no hiciera por él?

RITA — Y deje usted, que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos a Madrid, entonces será ella... El pobre don Diego, ¡qué chasco se va a llevar! Y por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto da lástima.

FRAN. Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretensión, ni yo tendría que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido y ya no temo a nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la más dichosa de las mujeres.

RITA ¡Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo también la cabeza... Voy por él. (Encaminándose al cuarto de doña Irene.)

FRAN. ¿A qué vas?

RITA El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

FRAN. Sí, tráele, no empiece a rezar como anoche... Allí quedó junto a la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

RITA. Sí, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos a nuestra calle del Lobo, número siete, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito portón, que rechina que...

FRAN. Te puedes llevar la luz.

RITA No es menester, que ya sé dónde está. (Vase al cuarto de doña Irene.)

ESCENA XV

SIMON sale por la puerta del foro; doña FRANCISCA

FRAN. Yo pensé que estaban ustedes acostados.

SIMÓN El amo ya habrá hecho esta diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho... Y buen sueño tengo.

FRAN. ¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMÓN Nadie. Son unos que estaban ahí y se han ido.

FRAN. ¿Los arrieros?

SIMÓN No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van a Zaragoza.

FRAN. ¿Quiénes dice usted que son?

SIMÓN Un teniente coronel y su asistente.

FRAN. ¿Y estaban aquí?

SIMÓN Sí, señora, ahí en ese cuarto.

FRAN. No los he visto.

SIMON Parece que llegaron esta tarde, y... A la cuenta, habrán despachado ya la comisión que traían... Conque se han ido... Buenas noches, señorita. (Vase al cuarto de don Diego.)

ESCENA XVI

RITA y doña FRANCISCA

FRAN. ¡Dios mío de mi alma! ¿Qué es esto?... No puedo sostenerme... ¡Desdichada! (Siéntase en una silla inmediata a la mesa.)

RITA Señorita, yo vengo muerta. (Saca la jaula del tordo y la deja encima la mesa; abre la puerta del cuarto de don Carlos y vuelve.)

FRAN. ¡Ay, que es cierto!... ¿Tú lo sabes también?

RITA Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podía engañarme? Si yo misma los he visto salir.

FRAN. ¿Y eran ellos?

RITA Sí, señora. Los dos.

FRAN. Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

RITA Si no los he perdido de vista hasta que salieron por la puerta de Mártires... Como está un paso de aquí...

FRAN. ¿Y ese es el camino de Aragón?

RITA Ese es.

FRAN. ¡Indigno!... ¡Hombre indigno!

RITA ¡Señorita!

FRAN. ¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible... Si no alcanzo a discurrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

FRAN. ¿Pues no le quise más que a mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

RITA No sé qué decir al considerar una acción tan infame.

FRAN. ¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así! (Levántase y Rita la sostiene.)

RITA Pensar que su venida fué con otro designio no me parece natural... Celos... ¿Por qué ha de tener celos? Y aun eso mismo debiera enamorarle más... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

FRAN. Te cansas en vano... Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA Vamos de aquí, que puede venir álguien, y...

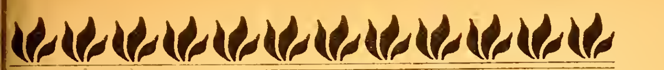
FRAN. Sí, vámonos... Vamos a llorar... ¡Y en qué situación me deja... Pero ¿ves qué malvado?

RITA Sí, señora, ya lo conozco.

FRAN. ¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardón?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es? (Rita coge la luz y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.)

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

La misma decoración de los dos anteriores.

ESCENA PRIMERA

Teatro obscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simón duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.

Don DIEGO y SIMON

DIEGO — Aquí a lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no sé... ¡Cómo ronca este!... Guardémosle el sueño hasta que venga el día, que ya poco puede tardar. (Simón despierta, y al oir a don Diego se incorpora y se levanta.) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMÓN — Qué, ¿estaba usted ahí, señor?

DIEGO — Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

SIMÓN — Pues yo, a Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

DIEGO — Mala comparación. Di que has dormido como un pobre hombre que no tiene dinero ni ambición, ni pesadumbres ni remordimientos.

SIMÓN — En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será ya?

DIEGO Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dio las tres.

SIMÓN ¡Oh! Pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

DIEGO Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMÓN ¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé, qué triste!

DIEGO Ha sido preciso.

SIMÓN Ya lo conozco.

DIEGO ¿No ves que venida tan intempestiva?

SIMÓN Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?

DIEGO ¡No, qué! No, señor. Una cosa ès que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogía... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazón.. (Suenan a lo lejos tres palmadas, y poco después se oye que puntean un instrumento.) ¿Qué ha sonado?

SIMÓN No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

DIEGO Calla.

SIMÓN Vaya, música tenemos, según parece.

DIEGO Sí, como lo hagan bien.

SIMÓN ¿Y quién será el amante infeliz que se viene a puntear a estas horas en este callejón tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

DIEGO Puede ser.

SIMÓN Ya empiezan, oigamos... (Tocan una sonata desde adentro.) Pues dígole a usted que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

DIEGO No; no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

SIMÓN ¿Quiere usted que nos asomemos un poco, a ver?...

DIEGO No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia que darán ellos a la tal música!... No gusto yo de incomodar a nadie. (Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan a la ventana. Don Diego y Simón se retiran a un lado, y observan.)

SIMÓN ¡Señor!... ¡Eh!... Presto aquí a un ladito.

DIEGO ¿Qué quieres?

SIMÓN Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele a faldas que trasciende.

DIEGO ¿Sí?... Retirémonos.

ESCENA II

Doña FRANCISCA, RITA, don DIEGO y SIMÓN

RITA Con tiento, señorita.

FRAN. Siguiendo la pared ¿no voy bien? (Vuelven a probar el instrumento.)

RITA Sí, señora... Pero vuelven a tocar... Silencio.

FRAN. No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

RITA ¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir...

FRAN. Calla... (Repiten desde dentro la sonata anterior.) Sí, él es... ¡Dios mío!... (Acércase Rita a la ventana, abre la vidriera, y da tres palmadas. Cesa la música.) Ve, responde... Albricias, corazón. El es.

SIMÓN ¿Ha oído usted?

DIEGO Sí.

SIMÓN ¿Qué querrá decir esto?

DIEGO Calla.

FRAN. (Se asoma a la ventana, Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones más o menos largas que deben hacerse) Yo soy... ¡Y qué había de pensar viendo lo que usted acaba de hacer?... ¿Qué fuga es esta...

Rita, (Apartándose de la ventana y vuélvese después.) amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algún rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí... Bien está, tírela usted... Pero yo no acabo de entender... ¡Ah! don Félix, nunca le he visto a usted tan tímido... (Tirando desde dentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademán de buscarla, y no hallándola vuelve a asomarse.) No, no la he cogido, pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el día los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... ¿Y cómo le parece a usted que estará el mío?... No me cabe en el pecho... Diga usted. (Simón se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.)

RITA Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

FRAN. ¡Infeliz de mí!... Guíame.

RITA Vamos... (Al retirarse tropieza Rita con Simón. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.) ¡Ay!

FRAN. ¡Muerta voy!

ESCENA III

Don DIEGO y SIMÓN

DIEGO ¿Qué grito fué ese?

SIMÓN Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

DIEGO Acércate a esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMÓN No encuentro nada, señor. (Tentando por el suelo cerca de la ventana.)

DIEGO Búscala bien, que por ahí ha de estar.

SIMÓN ¿Le tiraron desde la calle?

DIEGO Sí... ¿Qué amante es este?... ¡Y diez y seis

años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusión.

SIMÓN Aquí está. (Halla la carta y se la da a don Diego.)

DIEGO Vete abajo, y enciende una luz... En la caballeriza o en la cocina... Por allí habrá algún farol... Y vuelve con ella al instante. (Vase Simón por la puerta del foro.)

ESCENA IV

Don DIEGO

DIEGO ¿Y a quién debo culpar? (Apoyándose en el respaldo de una silla.) ¿Es ella la delincuente, o su madre, o sus tías, o yo?... Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por más que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable a mis ojos!... ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡qué felicidades me prometía!... ¡Celos!... ¿Yo? ¿En qué edad tengo celos?... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignación, estos deseos de venganza, ¿de qué provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... (Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira a un extremo del teatro.) Sí.

ESCENA V

RITA, don DIEGO y SIMÓN

RITA Ya se han ido... (Rita observa, escucha, asómase después a la ventana, y busca la carta por el suelo.) ¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picarón... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubié-

ramos conocido! ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMÓN Ya tenemos luz. (Sale con luz, Rita se sorprende.)

RITA ¡Perdida soy!

DIEGO (Acercándose). ¡Rita! ¿Pues tú aquí?

RITA Sí, señor, porque...

DIEGO ¿Qué buscas a estas horas?

RITA Buscaba... Yo le diré a usted... Porque oímos un ruido tan grande...

SIMÓN ¿Sí, eh?

RITA Cierto... Un ruido y... Y mire usted, (Alza la jaula que está en el suelo.) era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algún gato habrá sido... Preciso.

SIMÓN Sí, algún gato.

RITA ¡Pobre animal! Y que asustadillo se conoce que está todavía.

SIMÓN Y con mucha razón... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato?...

RITA Se le hubiera comido. (Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.)

SIMÓN Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

DIEGO Tráeme esa luz.

RITA ¡Ah! Deje usted, encenderemos esta. (Enciende la vela que está sobre la mesa.) Que ya lo que no se ha dormido...

DIEGO ¿Y doña Paquita duerme?

RITA Sí, señor.

SIMÓN Pues mucho es que con el ruido del tordo...

DIEGO Vamos. (Don Diego se entra en su cuarto. Simón va con él llevándose una de las luces.)

ESCENA VI

Doña FRANCISCA y RITA

FRAN. ¿Ha parecido el papel?

RITA No, señora.

FRAN. ¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó un luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles. (Rita coge una luz, y vuelve a buscar la carta cerca de la ventana.)

FRAN. Ellos serán sin duda... Aquí estarían cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

RITA Yo no lo encuentro señorita.

FRAN. Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba a mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA A lo menos por aquí....

FRAN. ¡Yo estoy loca! (Siéntase.)

RITA Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

FRAN. Cuando iba a hacerlo me avisaste, y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitación mostraba? Me dijo que en aquella carta vería yo los motivos justos que le precisaban a volverse; que la había escrito para dejársela a persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme sería imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diría: pues yo ¿para qué he de molestar a nadie, ni hacerme ahora defensor de una mujer?... ¡Hay tantas mujeres!... Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mío, perdón... perdón de haberle querido tanto!

RITA ¡Ay, señorita! (Mirando hacia el cuarto de don Diego.) que parece que salen ya.

FRAN. No importa, déjame.

RITA Pero si don Diego la ve a usted de esa manera...

FRAN. Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer? .. ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme? Que vengan, nada importa.

ESCENA VII

Don DIEGO, SIMON, doña FRANCISCA y RITA

SIMÓN Voy enterado, no es menester más.

DIEGO Mira, y haz que ensillen inmediatamente al Moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas a caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Conque vete, no se pierda tiempo. (Después de hablar los dos, inmediatos a la puerta del cuarto de don Diego, se va Simón por la del foro.)

SIMÓN Voy allá.

DIEGO Mucho se madruga, doña Paquita.

FRAN. Sí, señor.

DIEGO ¿Ha llamado ya doña Irene?

FRAN. No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir (Rita se va al cuarto de doña Irene.)

ESCENA VIII

Don DIEGO y doña FRANCISCA

DIEGO ¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

FRAN. No, señor. ¿Y usted?

DIEGO Tampoco.

FRAN. Ha hecho demasiado calor.

DIEGO ¿Está usted desazonada?

FRAN. Alguna cosa.

DIEGO ¿Qué siente usted? (Siéntase junto a doña Francisca.)

FRAN. No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

DIEGO Algo será; porque la veo a usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

FRAN. Sí, señor.

DIEGO ¿Pues por qué no hace usted más confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

FRAN. Ya lo sé.

DIEGO ¿Pues cómo sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón?

FRAN. Porque eso mismo me obliga a callar.

DIEGO Eso quiere decir que tal vez yo soy la causa de su pesadumbre de usted.

FRAN. No, señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar...

DIEGO Pues ¿de quién, hija mía?... Venga usted acá... (Acércase más.) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación. Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen a usted entera libertad para la elección no se casaría conmigo?

FRAN. Ni con otro.

DIEGO ¿Será posible que usted no conozca otro más amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

FRAN. No, señor; no, señor.

DIEGO Mírelo usted bien.

FRAN. ¿No le digo a usted que no?

DIEGO Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento a una vida más...

FRAN. Tampoco; no, señor... Nunca he pensado así.

DIEGO No tengo empeño en saber más... Pero de todo lo que acabo de oir resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... ¿pues qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme exclusivamente a mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos días? ¿Se anuncian así la alegría y el amor? (Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene luz del día.)

FRAN. ¿Y qué motivos le he dado a usted para tales desconfianzas?

DIEGO ¿Pues qué? si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra unión, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

FRAN. Haré lo que mi madre me manda y me casaré con usted.

DIEGO ¿Y después, Paquita?

FRAN. Después... y mientras me dure la vida seré mujer de bien.

DIEGO Eso no lo puedo yo dudar. Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: estos títulos ¿no me dan algún derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

FRAN. ¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

DIEGO ¿Por qué?

FRAN. Nunca diré por qué.

DIEGO Pero ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!... cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

FRAN. Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DIEGO Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos a Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

FRAN. Y daré gusto á mi madre.

DIEGO Y vivirá usted infeliz.

FRAN. Ya lo sé.

DIEGO He aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña: enseñarla a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una pérfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruídas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, o en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que más desean, con tal que se presten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

FRAN. Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho más grande.

DIEGO Sea cual fuere, hija mía, es menester que usted se anime... Si la ve a usted su madre

de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

FRAN. ¡Dios mío!

DIEGO Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginación las pinta... ¡Mire usted qué desorden este! ¡qué agitación! ¡qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

FRAN. Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿a quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasión de esta desdichada?

DIEGO Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase, criatura, en la situación dolorosa en que la veo? (Asiéndola de las manos.)

FRAN. ¿De veras?

DIEGO Mal conoce usted mi corazón.

FRAN. Bien le conozco. (Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.)

DIEGO ¿Qué hace usted, niña?

FRAN. Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

DIEGO Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo... Lo demás todo ha sido... ¿qué sé yo... una equivocación mía y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.

FRAN. Vamos... ¿No viene usted?

DIEGO Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

FRAN. Vaya usted presto. (Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.)

DIEGO Sí, presto iré.

ESCENA IX

SIMON y don DIEGO

SIMÓN Ahí están, señor.
DIEGO ¿Qué dices?
SIMÓN Cuando yo salía de la puerta, los vi a lo lejos, que iban ya de camino. Empecé a dar voces y hacer señas con el pañuelo; se detuvieron; y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera, hasta que le avisara yo, por si acaso había gente aquí, y usted no quería que le viesen.
DIEGO ¿Y qué dijo cuando le diste el recado?
SIMÓN Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasión el verle así tan...
DIEGO No me empieces ya a interceder por él.
SIMÓN ¿Yo, señor.
DIEGO Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasión!... Es un pícaro.
SIMÓN Como yo no sé lo que ha hecho.
DIEGO Es un bribón que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.
SIMÓN Bien está, señor. (Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.)
DIEGO Dile que suba.

ESCENA X

Don CARLOS y don DIEGO

DIEGO Venga usted acá, señorito, venga usted... ¿En dónde has estado desde que no nos vemos?
CARLOS En el mesón de afuera.
DIEGO ¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?
CARLOS Sí, señor, entré en la ciudad y...

DIEGO ¿A qué? siéntese usted.

CARLOS Tenía precisión de hablar con un sujeto... (Siéntase.)

DIEGO ¡Precisión!

CARLOS Sí, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme a Zaragoza sin estar primero con él.

DIEGO Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle a ver a las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Por qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasión, no había necesidad de hacerle trasnochar, ni ni molestar a nadie. (Dándole el papel que tiraron a la ventana. Don Carlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.)

CARLOS Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino, y se evitaría una contestación, de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

DIEGO Quiere saber su tío de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

CARLOS ¿Para qué saber más?

DIEGO Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!

CARLOS Bien está.

DIEGO Siéntate ahí... (Siéntase don Carlos.) ¿En dónde has conocido esta niña? ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido? ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

CARLOS Volviéndome a Zaragoza el año pasado, llegué a Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que había de quedarme allí todo aquel día, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaría proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé a doña Paquita, a quien la señora había sacado aquel día del convento para que se

esparciese un poco... Yo no sé qué vi en ella que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible de mirarla, de oirla, de hallarme a su lado, hablar con ella, de hacerme agradable a sus ojos... El intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficción, porque desde luego concebí la idea de permanecer algún tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase a noticia de usted. Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos seperamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido a todos los concurrentes de aquel día, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofenderle a usted refiriéndole...

DIEGO Prosigue.

CARLOS Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban a quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos y desaprobarlos, halló disculpas las más ingeniosas para que ninguno de su familia extrañara mi detención. Como su casa de campo está inmediata a la ciudad, fácilmente iba y venía de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mías, y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasión que mientras viva me hará infeliz.

DIEGO Vaya... Vamos, sigue adelante.

CARLOS Mi asistente (que, como usted sabe, es hombre de travesura y conoce el mundo) con mil artificios que a cada paso le ocurrían facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, a las cuales respondian con otras tres desde una ventanilla que daba al co-

rral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy a deshora, con el recato y las precauciones que ya se deja entender... Siempre fuí para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis jefes y hombre de honor. Nunca la dije más, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la di a entender que casándose conmigo podría aspirar a mejor fortuna, porque ni me convenía nombrarle a usted, ni quise exponerla a que las miras de interés, y no el amor, la inclinasen a favorecerme. De cada vez la hallé más fina, más hermosa, más digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida a un desmayo mortal y me fuí ciego de amor donde mi obligación me llamaba... Sus cartas consolaron por algún tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos días ha me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perdería la vida que dar su mano a otro que a mí; me acordaba mis juramentos, me exhortaba a cumplirlos... Monté a caballo, corrí precipitado el camino, llegué a Guadalajara, no la encontré, vine aquí... Lo demás bien lo sabe usted, no hay para qué decírselo.

Diego ¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

Carlos Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar a Madrid, verle a usted, echarme a sus pies, referirle todo lo ocurrido y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... sólo su consentimiento y su bendición para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

Diego Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

Carlos Sí, señor.

DIEGO Si tú la quieres, yo la quiero también. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que a ti te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta a obedecer a su madre y darme la mano así que...

CARLOS Pero no el corazón. (Levántase.)

DIEGO ¿Qué dices?

CARLOS No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene a su honestidad y a su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido, pero si alguna o muchas veces la sorprende y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano podrá reprimir, serán finezas dirigidas a un amigo ausente.

DIEGO ¿Qué temeridad es esta? (Se levanta con mucho enojo, encaminándose hacia don Carlos, el cual se va retirando.)

CARLOS Ya se lo dije a usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... pero acabemos esta odiosa conversación. Viva usted feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo le puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no me niegue a lo menos el consuelo de saber que usted me perdona.

DIEGO ¿Conque en efecto te vas?

CARLOS Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

DIEGO ¿Por qué?

CARLOS Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran a verificar... entonces...

DIEGO ¿Qué quieres decir? (Asiendo de un brazo a don Carlos, le hace venir más adelante.)

CARLOS Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

DIEGO ¡Carlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazón para decírmelo?

CARLOS Alguien viene... (Mirando con inquietud hacia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego y hace ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detrás de él y quiere impedírselo.) Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

DIEGO ¿Adónde vas?... No, señor, no has de irte.

CARLOS Es preciso... yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle a usted inquietudes crueles.

DIEGO Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

CARLOS Pero si...

DIEGO Haz lo que te mando. (Entrase don Carlos en el cuarto de don Diego.)

ESCENA XI

Doña IRENE y don DIEGO

IRENE Conque, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos? Buenos días... (Apaga la luz que está sobre la mesa.) ¿Reza usted?

DIEGO (Paseándose con inquietud.) Sí, para rezar estoy ahora.

IRENE Si usted quiere, ya puede ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene usted, señor? ¿Hay alguna novedad?

DIEGO Sí, no deja de haber novedades.

IRENE Pues que... Dígalo usted por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve, quedé tan sumamente delicada de los nervios. Y ya va para diez y

nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni los caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido; de manera que...

DIEGO Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa más importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

IRENE Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre para que todo esté a la vela y no haya detención.

DIEGO Muy bien. Siéntese usted... y no hay que asustarse ni alborotarse. (Siéntanse los dos.) por nada de lo que yo diga, y cuente, no nos abandone el juicio cuando más lo necesitamos... Su hija de usted está enamorada.

IRENE ¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí, señor, que lo está, y bastaba que lo dijese para que...

DIEGO ¡Este vicio maldito de interrumpir a cada paso! Déjeme usted hablar.

IRENE Bien, vamos, hable usted.

DIEGO Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

IRENE ¿Qué dice usted?

DIEGO Lo que usted oye.

IRENE ¿Pero quién le ha contado a usted esos disparates?

DIEGO Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado; y cuando se lo digo a usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

IRENE (Llorando.) ¡Pobre de mí!

DIEGO ¿A qué viene eso?

IRENE ¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

DIEGO Señora doña Irene...

IRENE Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un

estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios! .. ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente...

DIEGO · Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

IRENE Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno, y un día del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones a un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Carmen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

DIEGO Pero ¿es posible que no ha de atender usted a lo que voy a decirla?

IRENE ¡Ay! no, señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor... Usted ya no quiere a la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligación en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

DIEGO Señora doña Irene, hágame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entretanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

IRENE Diga usted lo que le dé la gana.

DIEGO Que no volvamos otra vez a llorar y a...

IRENE No, señor, ya no lloro. (Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

DIEGO Pues hace ya cosa de un año, poco más o menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han

contribuído eficazmente a hacerla mayor... En este supuesto...

IRENE Pero ¿no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

DIEGO Volvemos otra vez a lo mismo... No, señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

IRENE ¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Conque la hija de mis entrañas, encerrada en un convento... ayudando los siete reviernes, acompañada de aquellas santas religiosas!... ¡Ella, que no sabe lo que es el mundo, que no ha salido todavía del cascarón, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncisión... Pues bonita es ella para haber disimulado a su sobrina el menor desliz.

DIEGO Aquí no se trata de ningún desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinación honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncisión, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero nos hemos equivocado solemnemente... La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted este papel, y verá si tengo razón. (Saca el papel de don Carlos, y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca a la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano contenerla.)

IRENE ¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita! ¡Francisca!

DIEGO Pero ¿a qué es llamarlas?

IRENE Sí, señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

DIEGO Lo echó todo a rodar... Esto le sucede a quien se fía de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII

Doña FRANCISCA, RITA, doña IRENE y don DIEGO

RITA ¿Señora?

FRAN. ¿Me llamaba usted?

IRENE Sí, hija, sí: porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú también lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito ese papel? ¿Qué dice?... (Presentando el papel abierto a doña Francisca.)

RITA (A doña Francisca.) (Su letra es.)

FRAN. ¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

DIEGO Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... (Asiendo de una mano a doña Francisca, la pone a su lado.) No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... (Quitándola el papel de las manos a doña Irene.) Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

FRAN. Mientras viva me acordaré.

DIEGO Pues este es el papel que tiraron a la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (Lee.) «Bien mío: si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue a sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Carlos, no don Félix... Don Diego es mi tío. Viva us-

ted dichosa, y olvide para siempre a su infeliz amigo.—*Carlos de Urbina.* »

IRENE ¿Conque hay eso?

FRAN. ¡Triste de mi!

IRENE ¿Conque es verdad lo que decía el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí. (Se encamina hacia doña Francisca, muy colérica y en ademán de querer maltratarle. Rita y don Diego procuran estorbarlo.)

FRAN. ¡Madre! Perdón.

IRENE No, señor, que la he de matar.

DIEGO ¿Qué locura es esta?

IRENE He de matarla.

ESCENA XIII

Don CARLOS, don DIEGO, doña IRENE, doña FRANCISCA y RITA

CARLOS Eso no... (Sale don Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

FRAN. ¡Carlos!

CARLOS (Acercándose a don Diego.) Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

IRENE ¿Qué es lo que me sucede, Dios mío... ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son estas?... ¡Qué escándalo!

DIEGO Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene a ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza a tu mujer. (Don Carlos va a donde está doña Francisca, se abrazan, y ambos se arrodillan a los pies de don Diego.)

IRENE ¿Conque su sobrino de usted?...

DIEGO Sí, señora, mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel, me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi

vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

FRAN. ¿Con qué usted nos perdona y nos hace felices?

DIEGO Sí, prendas de mi alma... sí. (Los hace levantar con expresiones de ternura.)

IRENE ¿Y es posible que usted se determine a hacer un sacrificio?...

DIEGO Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesión de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... ¡Paquita! ¡Qué doloroso impresión me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer! Porque al fin, soy hombre miserable y débil.

CARLOS (Besándole las manos.) Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar a consolar a usted en tanta pérdida...

IRENE ¡Conque el bueno de don Carlos! Vaya que...

DIEGO El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresión que la juventud padece; estas son las seguridades que dan los padres a los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido a tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

IRENE En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle... (Abrazándose don Carlos y doña Irene; doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.) Hija, Francisquita... ¡Vaya! Buena elección has tenido... Cierto que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado

la niña... Señorita un millón de besos. (Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.)

FRAN. ¿Pero ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... Siempre, siempre, serás mi amiga.

DIEGO Paquita hermosa, (Abraza a doña Francisca.) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba a mi vejez... Vosotros (Asiendo de las manos a doña Francisca y don Carlos.) seréis la delicia de mi corazón; y el primer fruto de vuestro amor... Sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos, podré decir: a mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

CARLOS ¡Bendita sea tanta bondad!

DIEGO Hijos, bendita sea la de Dios.

TELÓN

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas